

la Republica francesa, puede á lo menos hacer capitulaciones. Yo le pido que nos explique las causas de la que ha firmado para la evacuacion de Holanda.—Interpelado de esta manera Mr. Dumas señaló tres causas de la expedicion de Holanda: la primera era separar á las Provincias Unidas de la Francia; la segunda disminuir los medios marítimos de la Francia, y aumentar los de la Inglaterra, apoderándose de la escuadra holandesa; y la tercera hacer una escursion útil á los aliados; añadiendo que de estas tres cosas el gabinete británico habia conseguido dos, pues que estaba en su poder la escuadra, y habia contribuido á que la batalla de Novi se ganase, llevando á Holanda las fuerzas destinadas á Italia. Apenas habia acabado el ministro, cuando Mr. Sheridan precipitándose sobre él con una facundia sin igual, le dijo: Si, habeis prestado fé á noticias de emigrados, y habeis arriesgado en el continente un ejército inglés para cubrirle de verguenza. Habeis querido separar á la Holanda de la Francia, y la habeis unido con ella mas estrechamente que nunca, llenándola de indignacion por la inicu ocupacion de su escuadra y de sus colonias. Teneis, decis, la escuadra holandesa, es verdad, pero la teneis habiéndoos valido de un medio inaudito y odioso; provocando la insurreccion de sus tripulaciones, y dando el mas funesto espectáculo, el de los marineros rebelándose contra sus gefes, y violando la disciplina que constituye la fuerza de los ejércitos marítimos y la grandeza de las naciones. Os habeis apoderado ignominiosamente de esa escuadra, y no en favor de la Inglaterra, sino en favor del Estatuder; por que os habeis obligado á declarar

que era suya y no de Inglaterra. En fin, es posible que hayais hecho un servicio al ejército austriaco en Novi; pero envaneceos entonces, ministros del rey de la gran Bretaña, de haber salvado un ejército austriaco, haciendo pasar á cuchillo á un ejército inglés.

Tan virulentos ataques no impidieron que Mr. Pitt obtuviese inmensos recursos pecuniarios como de cien mil millones de francos (casi doble del presupuesto francés de aquel tiempo); la autorizacion para dar subsidios al Austria y á los estados de la Alemania meridional, importantes adiciones al *income-tax*, que producía ya 180 millones por año; una nueva suspension del *habeas corpus* y finalmente la gran medida de la union de Irlanda. Pero los ánimos estaban en Inglaterra conmovidos por tanta razon y elocuencia. Los hombres sensatos de toda Europa se asombraban de las culpas que se achacaban á la Francia, y muy pronto uniéndose á la victoria la justicia, debia Mr. Pitt espiar por medio de humillaciones crueles la jactancia de su política respecto al primer consul. Sin embargo Mr. Pitt estaba en disposicion de suministrar á la coalicion recursos para una nueva campaña, la última es verdad á causa del cansancio de las partes beligerantes pero la mas encarnizada por lo mismo que iba á ser la última.

Aprovechando el primer consul tan importante coyuntura, quiso sacar de la córte de Prusia todo el partido que podia esperarse de ella en aquel momento. Esta córte no habia podido, en presencia de tan poderosos enemigos, alcanzar la paz, sino imponiéndosela con el auxilio de una

intervencion armada, empresa no enteramente imposible para ella, pero que distaba mucho todavía de las miras de su jóven rey, que se dedicaba á rehacer su ejército y su tesoro, mientras que todo el mundo se iba aniquilando á su alrededor. Ya habia este príncipe tanteado á las potencias beligerantes, pero las habia encontrado tan distantes de entenderse, que habia renunciado á toda mediacion. Por otra parte el gobierno prusiano tambien tenia sus miras interesadas, porque queria que la Francia agotase las fuerzas del Austria, y agotase las suyas propias en una prolongada guerra, pero tambien habria deseado que renunciase á una parte de la línea del Rhin, y que contentándose con la Bélgica y con el Luxemburgo por aquel lado, no exigiese las provincias Rhenanas. Así lo aconsejaba al primer consul, diciéndole que estando menos cercanas Francia y Prusia, estarian mas acordes, y que los gabinetes europeos, tranquilizados por tanta moderacion, estarian mas dispuestos á la paz. Pero aunque el primer consul guardó gran reserva sobre este punto, no habia mucha probabilidad de decidirlo á este sacrificio, y el gabinete prusiano no veia en todo esto una paz que pudiese satisfacerle al punto de interesarse vivamente en ella. Reduciase, pues, á dar muchos consejos, presentándolos bajo una forma dogmática, aunque muy amistosa, pero sin obrar de modo alguno.

Sin embargo, este gabinete podia ser útil para mantener la neutralidad del norte de Alemania, para comprometer en esta neutralidad al mayor número posible de príncipes alemanes, y finalmente para separar enteramente al emperador

Pablo de la coalicion, cosas todas que ejecutaba con el mayor celo, porque le convenia asegurar y estender la neutralidad del norte de Alemania, y sobre todo conseguir que la Rusia adoptase su sistema. Pablo, siempre estremado en sus sentimientos, habiase irritado cada vez mas contra la Inglaterra y el Austria, y decia en alta voz que obligaria al Austria á reponer á los príncipes italianos en los tronos de Italia que habia conquistado con las armas rusas, y á la Inglaterra á restablecer la órden de Malta en aquella fortaleza insular, de que estaba próxima á apoderarse; porque el emperador ruso abrigaba una pasion estraña á esta órden antigua de caballeria, y de la cual se habia hecho nombrar gran maestro. Censuraba tambien el modo con que se habian recibido en Lóndres y en Viena, las manifestaciones del primer consul, y en sus intimas confidencias con la Prusia, dejaba traslucir que habria deseado que se hubiesen hecho á él proposiciones semejantes. El primer consul no habia dado efectivamente este paso, por temor de lo que podia producir en un caracter como el del Czar; pero sabedora la Prusia de todas estas particularidades, no se descuidaba en ponerlas en conocimiento del gabinete francés, ni este de aprovecharse de ellas.

Antes de abrirse la campaña, pues estaba próxima la estacion de las operaciones militares, el primer consul mandó llamar á Mr. de Sandoz, embajador de Prusia y tuvo con él el 5 de marzo, (14 de ventoso) una esplicacion completa y positiva. Despues de haber recapitulado largamente cuanto habia hecho por restablecer la paz, y to-

dos los obstáculos invencibles que se le habian opuesto, le manifestó la importancia de sus preparativos militares, y sin revelar sus profundas combinaciones, dejó entrever al ministro prusiano los inmensos recursos que aun tenia la Francia; declarándole en seguida que, lleno de confianza en la Prusia esperaba de ella nuevos esfuerzos para reconciliar á las potencias beligerantes, mientras se guerreaba, y ya que no la paz general, poco probable antes de una nueva campaña, esperaba del rey Federico Guillermo, dos servicios, la reconciliacion de la República con Pablo I, y una tentativa directa con el elector de Baviera, para separar de la coalicion á este príncipe. —Ponednos en buenas relaciones con Pablo, dijo el general Bonaparte, decidid al elector de Baviera á que le niegue sus soldados y cierre su territorio á la coalicion, y nos habreis hecho dos servicios que tendremos en cuenta. Si el elector accede á nuestras pretensiones, podeis asegurarle todas las consideraciones apetecibles, durante la guerra, y los mejores oficios, cuando la paz se consiga.

El primer consul manifestó al enviado de Prusia sus ulteriores miras, declarándole que siendo el tratado de Campo-Formio la base ofrecida para la futura negociacion, la frontera del lado del Rhin seria una cuestion, de la cual se trtaaria mas tarde con el Imperio, y que la independencia de la Holanda, de la Suiza y de los estados italianos, seria formalmente afianzada. Sin esplicarse sobre el punto donde debia considerarse que cesaba el Rhin de ser frontera francesa, únicamente dijo, que nadie podia creer que la

Francia noexigiase á lo menos hasta Maguncia; pero que desde allí podrian servir de limites el Mosela y el Mosa. La Bélgica y el Luxemburgo quedaban fueran de disputa, y por fin el primer consul añadió, que si la Prusia prestaba á la Francia los servicios que estaba en situacion de prestarle, se obligaba él á dejar al gabinete de Berlin una influencia considerable en las negociaciones para la paz. Este era en efecto el punto á que mas deseaba llegar la Prusia, porque le convenia tener parte en aquellas negociaciones, con el objeto de que se fijasen las fronteras alemanas de la manera que cuadrase mas con su interés.

Esta comunicacion, llena de oportunidad y de franqueza produjo en Berlin el mejor efecto posible. El rey respondió, que en cuánto al emperador Pablo, habia ya empleado sus buenos oficios y que seguiria empleándolos para reconciliarle con la Francia: que respecto á la Baviera, envuelta como estaba por todas partes por el Austria, nada podia hacer; pero que si se lograba atraerse al emperador Pablo, se podia conseguir con el doble auxilio de la Rusia y Prusia, que el elector abandonase á la coalicion.

Despues de tentativas tan hábilmente calculadas no faltaba mas que empezar las hostilidades lo mas pronto posible. No obstante, aun no habia llegado la época oportuna, y debia llegar este año mas tarde que de costumbre, porque la Francia tenia que reorganizar sus ejércitos que en parte se hallaban disueltos, y el Austria debia llenar el vacio que la Rusia habia dejado en los cuadros de la coalicion. Entretanto pensó el primer consul, que habia llegado el momento de

acabar con la insurreccion de la Vendée, primeramente para hacer que cesase el odioso espectáculo de la guerra civil: y en segundo lugar para tener disponibles y transportar sobre el Rhin y los Alpes, las excelentes tropas que la Vendée retenia en el interior de la República.

Las manifestaciones dirigidas por él á las provincias insurreccionadas, juntamente con las ofertas de paz hechas á las potencias beligerantes, habian producido allí el mejor efecto. Estas manifestaciones estaban por otra parte apoyadas en la respetable fuerza de sesenta mil hombres ó poco menos, sacados de la Holanda, del interior y de París mismo. Habia llevado su arrojo el primer consul hasta el punto de permanecer en París, lleno entonces de lo mas exagerado de todos los partidos, con solo dos mil trescientos hombres de guarnicion, y lejos de disimular en lo mas mínimo semejante arrojo, se jactaba en publicarlo. Para contestar á los ministros ingleses, que pretendian que el gobierno consular no tenia mas solidez que los anteriores, mandó imprimir un estado comparativo de las fuerzas que se hallaban en Lóndres y en París; y de él resultaba que Lóndres estaba guarnecido por catorce mil seiscientos hombres y París por dos mil trescientos, lo cual apenas bastaba para cubrir las guardias de simple policia, que vigilan en los grandes establecimientos públicos y en las casas de los altos funcionarios. Es indudable que quien guardaba á París era el nombre del general Bonaparte.

Como quiera que fuese, las provincias rebeldes se vieron repentinamente envueltas por un ejército terrible, y se encontraron de esta mane-

ra colocados entre una paz inmediata y generosa, y la certeza de una guerra de esterminio. No podian pues detenerse en adoptar un partido. Los señores d' Audigné é Hyde de Neuville, despues de haber visto al primer consul, habian perdido todas sus ilusiones, y no creian ya que accediese nunca á la restauracion de los Borbones, perdiendo enteramente la esperanza de poder vencer á un hombre de tan enérgico temple de alma. Así es que Mr. Hyde de Neuville, enviado por el conde de Artois para examinar el estado de las cosas, se resolvió á volver á Lóndres, no queriendo abandonar por su parte la causa de los Borbones, si bien reconocia la imposibilidad de continuar la guerra, y aconsejaba á todos los gefes que hiciesen lo que á cada uno de ellos prescribiese la necesidad segun las circunstancias y los lugares. Mr. de Audigné se volvió á la Vendée á referir cuanto habia visto.

Iba ya á espirar el tiempo de la suspension de hostilidades; y era menester que los caudillos del partido realista, ó suscribiesen á una paz definitiva, ó se resolviesen á emprender al punto una guerra cruel con un ejército formidable. En 1793 en el primer entusiasmo de la insurreccion, no habia podido vencer á los 16,000 hombres de la guarnicion de Maguncia, y lo único que habian logrado era presentar combates heroicos y sangrientos para acabar por sucumbir. ¿Cómo habian, pues, de contrarrestar hoy á 60,000 hombres de las primeras tropas de Europa, de las cuales habia bastado la mitad para arrojar al mar á los ingleses y á los rusos? De ninguna manera, indudablemente y así lo creian todos en

las provincias insurreccionadas, aunque en algunas partes estaban mas dispuestos que en otras á ceder. Hacia la orilla izquierda del Loira, entre Saumur, Nantes y les Sables, en una palabra, en la antigua Vendée, que estaba agotada de hombres y de recursos, sentíase un cansancio extraordinario, creyéndose que solamente la debilidad y el rigor del Directorio habian dado lugar á tomarse de nuevo las armas, lo cual era ya en su concepto una locura. Tambien reinaban estos pensamientos en la orilla derecha, en los alrededores de Mans, país que habia sido tambien teatro de una guerra cruel y desesperada. En la Normandia baja, donde era mas reciente la insurreccion, y acaudillaba á los realistas Mr. de Frotte gefe jóven, astuto, activo y ambicioso, habia mas disposicion á continuar la guerra. Lo mismo sucedia en el Morbihan, donde ofrecian mas recursos la distancia á que estaba París, la proximidad al mar, y la naturaleza del terreno, y en donde sostenia los ánimos Jorge Cadoudal, hombre de un alma indómita y feroz. En estas dos últimas provincias, ademas contribuian á hacer mas tenaz la resistencia las frecuentes comunicaciones que habia con los ingleses.

De un cabo á otro de la Vendée y de la Bretaña, se conferenciaba sobre el partido que debería tomarse. Los emigrados pagados por la Inglaterra, cuya adhesion consistia en continuas idas y venidas, y que no tenia que sufrir todas las consecuencias de la insurreccion, sostenian vivas contestaciones con los naturales del país sobre quienes pesaba constantemente la carga de la guerra civil. Defendian aquellos que era ne-

cesario continuar la guerra, y estos por el contrario, que era preciso terminarla. Los últimos, representantes de un interés mucho mas inglés que realista, decian que el gobierno consular iba á perecer como los demas gobiernos revolucionarios, despues de algunos dias de vida aparente, y que iba á perecer por el desorden de la administracion y de la hacienda; que los ejércitos rusos é ingleses iban á enviar á la Vendée parte de sus tropas para que auxiliasen á los realistas franceses; que con algunos dias de paciencia cogeria el fruto de ocho años de combates y de estuerzos, y que con un poco mas de constancia tendrian probablemente el honor de conducir á París á los Borbones victoriosos. Por su parte aquellos que no iban á refugiarse habitualmente en Lóndres, y á vivir allí con el dinero inglés, sino que permanecian en su país con los suyos, donde veian sus campos arrasados, sus casas incendiadas, y sus mugeres y sus hijos espuestos al hambre y á la muerte, decian que al general no habia salido nunca mal nada de cuanto habia emprendido; que en París en lugar de creerse que todo marchaba á la disolucion, creiase por el contrario que todo iba reorganizándose bajo la afortunada mano del nuevo gobernador de la República; que esta República, de la cual decian que estaba aniquilada, acababa de enviarles un ejército de 60,000 hombres, que los rusos y los ingleses tan ponderados acababan de rendir sus armas á la mitad del mismo ejército; que era sumamente fácil formar hermosos planes en Lóndres, y hablar de adhesion y de constancia cuando se veian lejos los lugares, los acontecimientos de la guer-

ra y sus consecuencias, y que en atencion á todo esto era menester meditar bien lo que habia de decirse á una gente que durante el espacio de ocho años estaba padeciendo sola los males de la guerra civil mas espantosa. Entre estos realistas, cansados ya, hasta llegaba á insinuarse que el general Bonaparte en su anhelo del bien, y despues de haber restablecido la paz, y de haber hecho cesar la persecucion y levantado los altares, acaso restableceria tambien el trono, y en fin, se repetian las fábulas que no creian los principales realistas desde la conferencia de los señores Andigné é Hyde de Neuville con el primer cónsul, pero que aun conservaban algun crédito entre las últimas filas de los insurgentes, y contribuian á predisponer los ánimos en favor del gobierno.

Existia en el seno de la antigua Vendée un simple sacerdote, el abate Bernier, cura de Saint-Laud que habia de tomar muy pronto parte en los negocios de la República y del Imperio, y el cual por su gran talento y por su habilidad natural habia llegado á tener gran ascendiente entre los caudillos realistas. Habia él visto muy de cerca aquella insurreccion que nada mas que grandes desastres habia producido, y considerando perdida la causa de los Borbones, á lo menos por entonces, creia que únicamente podia salvarse del trastorno general causado por la revolucion francesa el antiguo altar de los cristianos. Ilustrado mas sobre este punto por los hechos del primer consul, y por sus frecuentes comunicaciones con el general Hedouville, no conservaba ya duda alguna, y estaba persuadido de que con

la sumision se conseguiria la paz, el término de las persecuciones, y la tolerancia, ya que no la proteccion del culto. Así pues, aconsejó la sumision á todos los antiguos caudillos de la orilla izquierda del Loira, y con su influencia hizo callar á los mensajeros que iban y venian de Lóndres á la Vendée. Celebróse una reunion en Montfaucon, y allí en un consejo de oficiales realistas, el cura Bernier decidió á Mr. Autichamp, hidalgo jóven, valiente, pero dócil á las razones y luces de los demas, á rendir las armas en nombre de la provincia. La capitulacion se firmó el 18 de enero (28 de nivoso). La República ofrecia completa amnistia, respetar el culto, eximir de contribuciones por algun tiempo á las provincias assoladas, y borrar á todos los caudillos de la lista de emigrados. Los realistas prometian en cambio una sumision completa y la entrega de sus armas.

En el mismo 18 de enero escribió el abate Bernier al general Hedouville lo siguiente: «Cumpliéronse vuestros deseos y los míos.» Hoy á las dos han aceptado con agradecimiento la paz en Montfaucon todos los gefes y oficiales de la orilla izquierda del Loira. Los de la orilla derecha seguirán sin duda este ejemplo, y el olivo de la paz reemplazará en ambas orillas del Loira el triste cipres que en ellas hizo crecer la guerra. «Los señores Baurollier, Doboucher y Renou, van encargados por mí de llevaros esta fausta noticia. Los recomiendo á la benevolencia del gobierno y á la vuestra. Inscritos equívocamente en la fatal lista de 1793, han visto sus bienes confiscados. Si hicieron este sacrificio obedeciendo á la necesidad de las circunstan-

«cias, no por eso han dejado de apetecer la paz. «Esta es obra vuestra, conservadla permanente, «general, por medio de la justicia y de la bene- «volencia. En ella están unidas vuestra gloria y «felicidad. Para satisfacer vuestrossaludables de- «seos, hare cuanto pueda; así lo exige la pru- «dencia y lo manda la humanidad... Mi corazon «es todo del pais en que vivo, y su felicidad es «mi principal anhelo.»

Este ejemplo produjo su efecto. Dos dias despues los rebeldes de la orilla derecha mandados por un anciano y valiente caballero Mr. de Châtillon, y disgustados como él de servir á los planes de la Inglaterra mas que á la causa realista, se rindieron, quedando pacificada de esta manera toda la Vendée antigua. Estraordinario fué el gozo que produjo este acontecimiento así en los campos donde reinaba el realismo, como en las ciudades donde por el contrario reinaba el espíritu de la revolucion. En muchas poblaciones, en Nantes y Angers especialmente, los gefes realistas que llevaban la escarapela tricolor, fueron recibidos en triunfo y obsequiados como hermanos. Por todas partes empezaron á rendir las armas y á someterse de buena fé al influjo de una opinion que poco á poco iba haciéndose general, y esta opinion era, que la guerra sin producir la vuelta de los Borbones, solamente contribuiría á derramar mas sangre, y á asolar el pais; y que la sumision por el contrario les proporcionaria descanso, seguridad y restablecimiento de la religion, que era lo que mas deseaban.

La pacificacion de la Bretaña y la Normandía encontraba, no obstante, mayores obstáculos. La

guerra era por aquella parte mas reciente, como hemos dicho, y aun no habia postrado los animos; ademas en aquellos puntos producía vergonzosos beneficios, al paso que en la Vendée únicamente proporcionaba padecimientos. Los chuanes, esto es, los hombres á quienes la insurreccion habia acostumbrado á la vida de bandidos, se habian refugiado al centro de la Bretaña y hácia Normandía, y mas que á la República hacian guerra á las arcas de los fondos públicos, á las diligencias y á los compradores de bienes nacionales. Estaban en relacion con una turba de espías establecidos en París, de quienes recibian los avisos que les servian de guia en sus expediciones. Finalmente, en el Morbihan, que era el foco de la insurreccion mas tenaz, Jorge, el único caudillo implacable de los vendeanos, recibia de los ingleses el dinero y los recursos materiales que podian secundar su resistencia; y por lo mismo estaba poco dispuesto á someterse.

Pero se habian dado las disposiciones necesarias para destruir á todos los caudillos realistas, que no consintieran en someterse. El 21 de enero (1.º de pluvioso) el general Chabot, rompiendo las hostilidades, marchó sobre las facciones del centro de la Bretaña mandadas por los señores de Bourmont y de la Prevalage. Cerca del pueblo de Malay alcanzó á Mr. de Bourmont, que á la cabeza de 4,000 chuanes se defendió vigorosamente, aunque se vió despues obligado á ceder á los republicanos, que estaban acostumbrados á vencer á soldados mas temibles que aquellos campesinos. El mismo Bourmont, solo pudo salvarse con mucho trabajo y despues de haber

corrido el mayor peligro, hasta que no pudiendo menos de conocer que nada podía hacer ya en favor de su causa, rindió las armas el 24 de enero (4 de pluvioso).

En seguida marchó el general Chabot sobre Rennes, para dirigirse desde este punto al centro de la Bretaña, donde el general Brune reunía grandes fuerzas. El 25 de enero (5 de pluvioso) muchas columnas que habian salido de Vannes, de Auray y de Elven mandadas por los generales Harti y Geney encontraron en Grandchamp á las facciones de Jorge. Los dos generales republicanos habian enviado por el camino de Vannes convoyes de granos y ganado de que se habian apoderado en el territorio enemigo. Los chuanes, queriendo recobrar este convoy, fueron arrollados por las columnas que le escoltaban, y á pesar de su vigorosa resistencia perdieron 400 hombres y entre ellos muchos gefes, y salieron completamente derrotados. Al día siguiente 27 se trabó en Hennebon otra violenta refriega, en la que perecieron 300 chuanes, destruyendo completamente todas las esperanzas de la insurreccion. Cerca de la costa habia un navio inglés de ochenta cañones y algunas fragatas, que pudieron ver cuan quiméricas eran las ilusiones que el gobierno de Londres alimentaba. Por lo demas el gobierno inglés y los bretones se habian engañado mutuamente; ofreciendo el primero una nueva expedicion como la de Holanda, y anunciando los segundos un levantamiento en masa. Los realistas, desembarcados recientemente pudieron con alguna dificultad ir en lanchas á unirse con la division inglesa; y fueron recibidos como emigra-

dos que habian prometido mucho y hecho poco. Jorge se vió en la necesidad de rendir las armas y entregó veinte mil fusiles y veinte piezas de artilleria que acababa de recibir de los ingleses.

En la Normandia baja Mr. de Frotte, jóven caudillo y muy adicto á su causa, era con Jorge el mas resuelto de los realistas á continuar la guerra, y fué perseguido por los generales Gardanne y Chambarlhac, procedentes de la guarnicion de París, los cuales sostuvieron en varios puntos muchos encuentros empeñados. El 25 de enero (3 de pluvioso) fué alcanzado Mr. de Frotte por el general Gardanne en las ferrerías de Cosse, cerca de la Motte-Jouquet, y perdió mucha gente. El 26 (6 de pluvioso) uno de los caudillos llamado Duboisigny fué atacado en su castillo de Duboisigny y tuvo tambien como Mr. de Frotte una pérdida considerable. Finalmente el 27 (7 de pluvioso) el general Chambarlhac arrolló en las cercanías de San Cristobal, no lejos de Alençon, á algunas compañías de chuanes á quienes pasó por las armas.

Viendo Mr. de Frotte como los demas, aunque por desgracia demasiado tarde, que toda resistencia era inutil ante las numerosas tropas que habian invadido el pais, conoció al fin que ya era tiempo de rendirse, y escribió pidiendo la paz al general Hedouville, que estaba á la sazón en Angers, y mientras conseguia contestacion á su súplica, propuso una suspension de armas al general Chambarlhac. Este le respondió que no teniendo facultades para tratar de paz, se dirigia para obtenerlas al gobierno; pero que entre tanto no podia tomar sobre sí la responsabilidad de

suspender las hostilidades, á menos que Mr. de Frotte consintiese en entregar inmediatamente las armas de sus soldados. Esto era cabalmente lo que mas temia Mr. de Frotte. No tenia reparo en someterse y suscribir á una pacificacion momentánea; pero con la condicion de permanecer armado, á fin de aprovechar mas tarde la primera ocasion favorable que se presentase, de volver á comenzar la guerra, y aun dirigió varias cartas á sus oficiales en las que al mismo tiempo que les previno que se rindiesen, les recomendaba que conservasen sus armas. Entre tanto, irritado el primer consul de la obstinacion de Mr. de Frotte, habia mandado no darle cuartel y hacer en su persona un escarmiento. Inquieto Mr. de Frotte por no recibir contestacion alguna á sus proposiciones, y queriendo ponerse en comunicacion con el general Guidal que mandaba en el departamento de el Orne, fué hecho prisionero con seis de los suyos cuando iba á yerle. Conteniendolas cartas que se le hallaron la orden á sus tropas para rendirse, pero sin soltar las armas, se consideraron como un acto de traicion; y Mr. de Frotte fué conducido á Verneuil, y entregado á una comision militar. Al llegar á París la noticia de su prision, se acercaron al primer consul multitud de personas para hablarle en favor de Mr. de Frotte, consiguieron la suspension de los procedimientos, lo cual equivalia á un indulto; mas por desgracia el correo que llevaba esta orden del gobierno, llegó demasiado tarde. Como la constitucion no regia en los departamentos rebeldes, Mr. de Frotte habia sido ya juzgado sumariamente, y cuando llegó la concesion de la

prórroga, el jóven y valiente caudillo habia ya sufrido el castigo de su obstinacion. Aunque estaba probada la doblez de su conducta, no era tan vituperable que no debiese lamentarse mucho semejante ejecucion, la única por otra parte que ensangrentó el feliz término de la guerra civil.

Desde aquel dia los departamentos del oeste quedaron completamente pacificados. La prudencia del general Hedouville, el vigor y la prontitud de los medios que empleó, el cansancio de los rebeldes, y la mezcla del temor y confianza que el primer consul les inspiraba, produjeron esta pacificacion tan rápida, pues se halló completamente terminada á fines de febrero de 1800 (en los primeros dias de ventoso.) El desarme se ejecutaba por todas partes á la vez, y unicamente quedaban algunas partidas de bandidos, á quienes pronto habia de exterminar una justicia activa é implacable. Las tropas que fueron destinadas al Oeste se pusieron en marcha para París, á fin de contribuir á los vastos designios del primer consul.

La constitucion mandada suspender hasta entonces en los cuatro departamentos del Loira inferior, de Ille y Vilaine, del Morbihan, y de las costas del Norte, fue desde luego puesta en vigor, y la mayor parte de los caudillos, que acababan de rendir las armas, fueron sucesivamente llamados á París con objeto de ponerlos en comunicacion con el primer cónsul. Conocia este perfectamente que no bastaba haberles arrancado las armas de la mano, sino que era necesario apoderarse de aquellos ánimos exaltados, y encaminarlos á un fin noble. Quería por lo tanto arrastrar consi-

go á los caudillos realistas en la inmensa carrera que en aquellos momentos se abria á todos los franceses y llevarlos á la fortuna y á la gloria por el mismo camino lleno de peligros, á que tan acostumbrados estaban. Invitados por lo tanto á que viniesen á verle, su fama que inspiraba un vivo deseo de conocerle y de hablarle á todos cuantos podian hallar ocasion de ello, y su generosidad tan ensalzada en la Vendée misma y de que tanta necesidad tenian las numerosas víctimas de la guerra civil, eran entre los realistas otros tantos motivos honrosos para visitarle. El primer cónsul recibió y acogió muy bien, primero al cura Bernier, despues á los señores de Bourmont, Antichamp, Chatillon y últimamente al mismo Jorge Cadoudal, pero á quien distinguió especialmente fué al cura Bernier que procuró atraérsele empleándole en los altos negocios de la iglesia. Tuvo frecuentes conversaciones con los caudillos militares, conmoviéndoles con su noble language y aun decidiendo á algunos de ellos á que entrasen á servir en los ejércitos franceses. Consiguio también ganarse la voluntad de Mr. de Chatillon, el cual se retiró á su hogar, se casó y vino á ser el mediador ordinario, y siempre atendido de sus conciudadanos, cuando tenian que solicitar del primer consul algun acto de humanidad ó de justicia. Así es como se terminan las revoluciones, con la gloria, con la clemencia y con la generosidad.

El único que resistió á tan alta influencia fué Jorge Cadoudal. Cuando fué conducido á las Tullerías, el ayudante de campo, encargado de introducirle, concibió al verle tales temores que

no quiso cerrar la puerta del gabinete del primer consul, á fin de poder acercarse á cada instante y dirigir algunas miradas furtivas para ver lo que pasaba dentro. La conferencia fué larga; pero en vano el general Bonaparte hizo resonar las palabras de patria y de gloria en los oídos de Jorge, en vano trató de escitar la ambicion en el alma de aquel soldado de la guerra civil; nada consiguió, y de ello se convenció él mismo al ver el semblante de su interlocutor. Luego que Jorge se separó de él partió para Inglaterra con Mr. Hyde de Neuville. Varias veces, al referir aquella visita á su compañero de viaje, enseñándole sus brazos vigorosos, exclamó: ¡Qué falta he cometido en no ahogar á ese hombre entre mis brazos!

La pronta pacificacion de la Vendée produjo grande efecto en los ánimos. Algunos mal contentos, que no querian esplicarla por sus causas naturales, esto es por la energia de los medios físicos, por la prudencia de los medios morales, y sobre todo por la influencia del gran nombre del primer consul, pretendian que habian mediado convenios secretos con los vendeanos, en los cuales se les ofrecia alguna satisfaccion importante. No se decia claramente, pero se insinuaba, que esta satisfaccion seria algo mas acaso que el restablecimiento de los principios del antiguo régimen, y el de los Borbones mismos. Propalaban estos ridiculos cuentos los noveleros del partido revolucionario; pero la gente sensata, apreciando mejor los actos del general Bonaparte, creía que tan grandes cosas no se hacian para otro, y que si el primer consul no trabajaba únicamente para la Francia, trabajaba para sí, y